

que desprecian a los galgos rusos y a los gatos de Angora, porque no transigen con ninguna aristocracia, ni siquiera de los animales.

Había dejado su casa por no sufrir disciplinas de ningún género, ni siquiera la hora de comer, y porque le cargaban horriblemente los acostumbrados diálogos de sobremesa. «Después de veinte años en que todos nos conocemos, no tenemos ya nada en absoluto que decirnos», contestó a cuantos le preguntaron por qué había abandonado tan resueltamente a su padre, a su madre, al cuarto de baño, a la despensa y al huerto.

Muy rara vez había hecho la corte a las mujeres. Eran ellas las que le buscaban y buscaban, precisamente por esa indiferencia poco común, que lo distinguía de los acostumbrados «comecocado» del amor. La primera vez que había hablado con la actriz, pidiéndole aquella media hora de coloquio, que acabó en una noche de sensualidad y en el principio de unos largos amores, se vió como impulsado por una curiosidad cerebral antes que por un deseo de los sentidos; y habíale él gustado a la actriz por la carencia de ese espíritu de inquisición, de averiguación que en palabras y en gestos suele ser común a todos los hombres.

Pero también el hombre común acabó por despertar en él, entre las manos de aquella experta mujer que le había estimulado energías nuevas, y resucitado instintos dormidos, y valorizado su anterior existencia malgastada, entre gentuza inútil. Ella consiguió revelarle a él ante sí mismo, refinando sus gustos, acuciando su cerebralidad, multiplicando sus necesidades, abriéndole los ojos hacia un vasto ángulo del horizonte, haciéndole vibrar todo su registro fisiológico, con una variedad insospechada de satisfacciones y alegrías.

Esos amores devoradores, absorbentes, son como una incrustación de vejez en la juventud de un hombre.

—¡Vete!—le gritaba ella.—No admito imposiciones ni impropiedades de nadie, más que de mí misma; el diamante no puede ser tallado más que por su propio polvo. O me tomas como soy, con todas mis extravagancias y traiciones, o te vas. El que yo te reciba en mi cama, no te da derechos, sino deberes. Yo no sé ser fiel; la vida tiene ciertas necesidades, ante las que se doblegan hasta los gigantes. Y si estas razones no te bastan, te diré que una mujer como yo no puede ser juzgada con sujeción a normas corrientes. Una artista está sobre toda moral: debería estar también sobre toda ley. Por otra parte, cuanto yo conceda de mí misma a los demás, no tiene ni mucho menos el valor de lo que te he dado a ti; porque a ti te he dado el amor.

Consciente de su superioridad sobre las otras mujeres, sobre los hombres y sobre su amante, había eliminado el concepto evangélico de la reciprocidad. Ella podía engañarle, pero no consentía que él dirigiese una palabra ni una mirada a las otras mujeres. Una vez que le sorprendió, durante los ensayos de cierta aburrida comedia simbólica, en coloquio con una genérica, le quitó a ella su papel, y le ordenó que pasase por la administración a que le pagaran lo suyo; y al marido de la genérica, que dibujó una tentativa de defensa, le gritó con su voz estridente:

—¡Cállese usted, imbécil! Y que me perdonen los imbéciles si les ofendo comparándolos a usted.

¡Sin embargo, Sketch no se veía con fuerzas para sacudirse aquella cadena de tan terrible amor! La absurda uterinidad de tan absurda mujer, que le amaba con un amor oscilante, de péndulo, hoy glacial hasta la indiferencia, mañana exasperado y febril hasta la crisis, le era ya necesaria para su vida. Se le había entrado en la sangre, como escriben los psicólogos sin pretensiones, que son, después de todo, los más exactos: se le había entrado en la sangre como un virus ponzoñoso.

—¡No hay más que un remedio contra tu mal!— le dijo cierto día el actor cómico de la compañía, que escribía comedias, estudiaba botánica, grababa xilografías, y leía revistas médicas.—Es un remedio sueroterápico: inyectarte bajo la piel bacilos atenuados de amor: es decir, enamorarte de una mujer menos célebre, pero más mujer: puesto que has tenido la desgracia de caer en un útero que piensa, y que te ha envenenado, intenta ahora enamorarte de una mujercita sin relieve, de una corista, de una tornera de taponés, de una dactilógrafa, de una maestra, que te devuelvan a la realidad.

¡Qué fáciles parecen siempre los dramas ajenos! Los problemas de los demás son sencillísimos, y se resuelven con las cuatro reglas: «¡Déjala! ¡No pienses más en ella!» Pero Sketch no se veía con fuerzas para abandonarla. A los dieciocho años se consigue fácilmente olvidar a una mujer: basta con darse un paseo con otra. Pero cuando ya se está en el umbral de la madurez, en lo que falsamente se llama segunda juventud, separarse de una querida es un desgarramiento cruel. Nos ha comunicado tanto de sí, y nosotros a ella tanto de nosotros mismos, que no es nada fácil reconquistar nuestra individualidad. Nuestra voz ha tomado inflexiones de la suya, y sus nervios han sentido la influencia de los nuestros; hemos adoptado un mismo léxico; ha obrado sobre su carne y la nuestra una polarización recíproca; nuestros dos cuerpos se han fundido en una célula, que para quien nos juzga es una copia, pero que para nosotros es un solo núcleo indivisible. No tenemos una individualidad propiamente dicha: cada gesto nuestro está subordinado a uno suyo; somos como un transformador eléctrico, que solamente se anima bajo el fluído de esa mujer. Todas las otras hembras nos parecen asexuales, y si un día, por capricho de la sensualidad llegamos a poseerlas, todavía las hallamos extrañas, y nos persuaden ellas

a su vez de que estamos fatalmente encadenados a la amante única, a la necesaria, a la insustituible.

Sketch no podía separarse de la actriz; las ásperas disputas, las frecuentes riñas debidas a la hiperestesia de ella, le impulsaba a abandonarla para siempre; pero él conocía lo efímero de las fugas, y lo tremendo, inevitable y peligroso de los retornos. No podía vivir ni con ella ni sin ella, como han dicho y dicen todos los amantes oleográficos, de Ovidio acá. Era inútil en absoluto que se fuera: se veía a sí mismo de regreso, en el fondo de la platea, entre el olor a muchedumbre y a cortezas de naranjo, aplaudiéndola con el infantil entusiasmo de una Hija del Sagrado Corazón recién escapada del colegio.

Los simples, los superficiales, que valoran sumariamente el amor, juzgándolo un aspecto social, tan grosero como todos los otros, creen que el momento más oportuno para la ruptura entre dos amantes es el que sigue a una discusión, a una crisis, a un estallido de celos o a una traición. ¡Qué ingenuidad! Esa es justamente la ocasión menos propicia para el abandono. La riña, la cólera no repelen, sinó que atraen; tienen fuerza cohesiva, no disgregatriz; la separación definitiva sin probabilidad de retorno, puede llevarse a cabo solamente en un momento de serenidad, cuando no hay sombra ninguna de engaño en el horizonte, cuando se nos puede contemplar el alma, como un agua cristalina, en la que ninguna agitación remueve los posos de su fondo, posos de torpes recuerdos y de sentimientos impuros.

*
* *

En este estado de serenidad vivieron durante varios días los dos amantes en la aldea de la alta montaña, donde el estío dura veinte días, en un

alto valle poblado de grandes tubos negros y frecuentado por senadores.

Tubos y senadores. Cualquier extranjero se equivocaría fácilmente ante muchos de esos aristocratuchos piamonteses, que acicalan con fiereza y con economía los apagados destellos de su corona de oro fijo.

Una gran señora de magnífico nombre sube todos los domingos de su pálido y almenado castillo moderno, a postrar su venerable persona ante el altar de la parroquia; y esto es el acontecimiento más sensacional de la temporada: todos los caminos del castillo a la aldea se pueblan de faldas escarlata—costumbre del valle—y de aldeanos tartarinescos. La vieja señora ilustre llega puntual, anunciada por la bocina de su resplandeciente automóvil; y el cura, uno de esos curas de aldea, que más parecen maestros de esgrima que eclesiásticos, la espera rígido en el umbral de la iglesia, vestido ya con los ornamentos litúrgicos, como dando a entender que el buen Dios está ya pronto, y no espera más que a Ella.

Terminada la misa, levántase de su banco, que un sencillo cojín de terciopelo rojo contraseña y distingue de los demás, y sale al campo libre lleno de sol, de aromas silvestres y de faldas escarlata: los aristocratuchos piamonteses la rodean en seguida, masturbando el blasón, con toda su miserable osadía, felices con recibir de la augusta señora la limosna de una palabra o de una sonrisa.

Cualquier aristocrático «pura sangre» se inclina con una reverencia *vieux temps*, entre los anacrónicos golpes de resorte de los aparatos fotográficos.

Y ella sonríe bonachona, con su cara del color de las gardenias chupadas, en la que se transparenta el auténtico señorío, la superioridad de la estirpe y del espíritu; a todos tiende la mano, y a todos reconoce; a todos hace una pregunta; nadie escapa a aquellas pupilas que han acumulado señorío siglos

y siglos en su melancólica profundidad. Y mientras suenan las campanas del mediodía, la blanca señora vuelve a partir, aclamada a grandes voces, sobre su resbaladizo automóvil, silencioso como una litera; en las curvas, la bocina lanza sus metálicos ecos, como si un heraldo de antiguas edades galopase delante, anunciando a la señora con fuertes trompetazos.

—¿Usted no ha estado en misa, señorita?—preguntó cierta mañana Sketch a la rubia virgen contrastada, la virgen de dieciocho quilates.

—Aquí hay demasiadas condesas, duquesas y marquesas—gorgé ella, con una brizna de hierba entre los dientes.—He preferido hacer la visita de siempre a mis ranas de un estanque vecino; tengo más de un millar entre ranas y renacuajos. Los pobrecitos se aburrirían mucho, si yo no fuera de cuando en cuando a distraerlos. Me conocen ya. Se meten en seguida en sus escondites, aún antes de llegar yo y de tirarles las primeras piedrecitas.

La virgen de dieciocho quilates bajaba a zancadas un sendero, llevando bajo el brazo y contra el costado un libro, y el dedo del corazón entre sus páginas.

—¡Tiene buen gusto la señorita!—exclamó Sketch, dando una ojeada al título.

—Pues ¿qué creyó usted que iba yo a leer?—dijo, cómicamente resentida la muchacha.—«¿El mondadientes envenenado?» o bien «El gorila fantasma?» o bien «El engullidor de hombres?»

—Precisamente porque los conocimientos literarios de nuestras jovencitas de hoy, no van más allá de los estorninos toscanos dando vueltas alrededor del chocolate, es por lo que me ha sorprendido ver en unas manos tan immaculadas y tan prudentes al poeta Mallarmé, el lírico loco.

La rubia muchacha se puso a reír como una fuente.

—¿Y su amiga de usted?

—Está vistiéndose para bajar a la mesa.

—¿No va nunca a la iglesia?

—Dice que cuando no haya más joyas en esta parte del mundo, irá a buscarlas a la otra; que el público que va a oírla a ella a su teatro, ya no va a oír a nadie en ningún otro teatro; y que atenderá a las historias que cuentan los demás el día que los demás dejen de contar historias suyas.

—¿Y está muy lejos aún ese día?

—Creo que sí. Parece que está en su mejor época.

—Lleva en su mejor época treinta años.

Y sin darle a Sketch tiempo de contestar, atenuó:

—Perdone. Soy muy mala. Pero su señora debe de ser peor que yo.

La delgadísima muchacha, maravilloso conjunto de huesos y de luces, era como una de esas vírgenes grabadas en los vidrios de las catedrales cuando las hiere el sol. Una languidez hierática se difundía a veces por toda su persona; otras una inquietud de chiquilla movía su cuerpo casi eléctrico; y otras también, tímida y palpitante como un lagarto, jadeaba como si un fuego interno la devorase. Sonreía tristemente, con los labios cerrados, sin deformar la boca pentagonal y roja como los pequeños claveles silvestres de la alta montaña. Complaciéndose en su descarnada prestancia de bailarina rusa, sabía valorizarla, poniéndose vestidos negros que acentuaban lo dorado de su cabellera, y se prolongaban desmesuradamente la persona. Sutil, escurridiza, luminosa, perfumada como un palito de vainilla, pasaba indiferente por entre las comadres del hotel, hacinadas en torno al piano de cola, y salía sola, en la noche, a escuchar la polifonía del valle, o a pasear como una preciosa gatita blanca, cuyos ojos luminosos relampagueaban en la oscuridad con la lumbre de sus cigarrillos. Mucho se murmuraba, entre la colonia, de estas desapariciones nocturnas de la muchacha,

y se echaban a volar las peores y más misteriosas hipótesis. Ella, empero, se complacía en estas calumnias con sordina que la seguían indefectiblemente en sus correrías de gatita sentimental, cuando cada noche, sobre una rústica balaustrada de madera, pasaba largas horas, envuelta en un tul blanco, para agradar a la luna.

—¿Quiere usted que seamos amigos?—propuso a Sketch.

—No lo juzgo posible. La escritora francesa Raquel ha dicho que la amistad entre un hombre y una mujer *c'est de l'amour blanc*. O dicho de otro modo, preliminares del deseo.

—¡Hasta más ver!—y tendió la mano a Sketch.

—Si nos sorprende su señora, me mata. Y hoy no es el día más a propósito para una operación así, porque me han traído un cesto de melocotones riquísimos. ¿Le gusta a usted la fruta? A mí mucho. No comería otra cosa que fruta y azúcar. Soy golosa como las abejas.

—Golosa y rubia. Debería llamarse usted Mélitta.

—Y eso ¿qué significa?

—Abeja.

—Es bonito. Y no me sienta mal. Me llamaré Mélitta. Y a usted, ¿cómo debo llamarle?

—Llámeme... Mire usted: llámeme siempre que quiera.

*
* *

Sketch y la actriz hallaron en aquel país de la alta montaña una paz desconocida hasta entonces. Después de la cuestión del primer día, debida quizás a algún residuo de electricidad ciudadana llevado en las ropas, habían transcurrido largas jornadas enteras pacíficamente, tendidos en la terraza, frente a la policromía centelleante de las lejanías nevadas, o buscando flores en los prados, o triturando

bizcochos ingleses, o jugando al poker con el propietario del hotel y con la señora egipcia, que se empeñaba en regalarle a la actriz un antiquísimo escarabajo procedente del Valle del Rey (*made in Germany.*)

La actitud de los cuatro jugadores, que en presencia de la mística pureza de las montañas pasaban viciosamente las tardes con las cartas del poker, exasperaba a los demás huéspedes del hotel: el padre de las tres hijitas indesflorables, que tocaba su cabeza con un sombrero duro, para proteger su cráneo de los rayos ultravioleta, y dormía con anteojos ahumados para que al amanecer no le desvelasen los rayos de luz que se filtraban por la persiana, hacía correr a lo largo de sus tres selladísimas hijitas, las diabólicas expresiones de los jugadores encorvados sobre las cartas:

- Paso.
- Pasc.
- Juego.
- Voy.
- No.
- ¿Carta?
- Una.
- Tres.
- Dos.
- Servido.
- Chip.*
- Diez liras.
- Veinte.
- Cuarenta.
- Visto.
- Full* de dama.
- Color.

Un senador muy digno, sentencioso y dogmático, pneumáticamente inflado de doctrina y de solemnidad, con su barba de pelos ordenados, perpendiculares y paralelos como sus convicciones políticas y los elementos de su muy disciplinada erudi-

ción, fué abordado por una piadosa dama de sangre azul, presidenta de varias ligas donde la burla se asocia al buen corazón, para escuchar el tanto de culpa que tiene el poker en la decadencia de los tiempos modernos. Esta irrepreensible señora había recomendado al ama que no dejase jugar al niño con sus coetáneos, los que pudieran quitarle, al menos, tres cuartos de nobleza, y bajaba a la mesa la primera, para así no pasar por la humillación de ver que no se levantaba nadie a su entrada. El senador, peinándose con sus largos dedos espirituales la barba sapientísima, habló luego de la alarma social, del protoplasma germinativo que sobrevive en los individuos pluricelulares, y enfrascándose en el animismo religioso, en el polidemonismo de los pueblos primitivos, sacó la consecuencia de que el poker no es un juego de ázar, sinó una gimnasia del espíritu, porque geometriza la vida, llevando el intelecto a los reinos del percepciónismo, afinando la intuición, lubricando los vínculos o correaes de la asociación y la percepción, y curándose en los casos graves de adinamia, al menos en su forma anestésica más benigna. El mismo confesó, con una sonrisa eclesiástico-moderada, que cuando le nombraron doctor *honoris causa* de la Universidad de Búfalo, jugó con cuatro profesores de la facultad de filosofía, e hizo perder al magnífico rector.

Esto conmovió en la púdica señora devota, todos sus principios, y le quitó las últimas ilusiones sobre la dignidad del Senado del Reino.

Y aquella misma noche, el propietario del hotel era obligado a renunciar por su parte a las partidas de poker con la egipcia, la actriz y su amante, si no quería que los otros bípedos de la casa, incluso el meridional de la cabeza roja y redonda como un queso de Holanda, y la marquesa (*mi tío el embajador, mi primo el nuncio pontificio*) se fueran de allí al otro día, con el alba, en el primer tren.

En la mesita de poker faltó, por consiguiente, el cuarto.

—¿Usted juega, señorita?

—Sí.

Y así es como la actriz estrechó la mano de la virgen de dieciocho quilates, la rubia muchacha de los grandes ojos azules, de un azul mineral, sombreados por el negro de las pestañas retorcidas.

Al presentarse a la muchacha la actriz le preguntó su nombre.

La egipcia emitió algunas sílabas aspiradas, precedidas de un Lady.

Y la muchacha pronunció con cierta emoción el nombre propuesto por Sketch algunas mañanas antes, cuando ella había confesado ser golosa de frutos como las abejas:

—Mélitta.

*
* *

El rancio puritanismo del hotel entero tembló por la suerte de la pálida muchachita de los grandes ojos azules, atraída a la órbita vertiginosa de aquella vampiresa espiritual que era la actriz, con fama de amores lesbianos. Pero cuando se vió que ningún cambio se operaba en la rosada frescura de sus mejillas, ni en sus preocupaciones juveniles, ni en su apetito de chiquilla, el público de veraneantes se fué acercando poco a poco, tímidamente, prudentemente a la caótica mujer de teatro.

—Mis admiradores me los escojo yo—proclamaba ella.

El joven *up to date* (1) que hacía reír hasta a las gamuzas con un soberbio bastón Hammerless, un impermeable Biskery y unos irreprochables guantes de kangurc, y que pasaba impávido bajo el fuego cru-

(1) Al día, a la última moda.

zado de las miradas femeninas, con una máscara aborta, meditabunda, contraída bajo el peso de su desmedida inteligencia, había sido apodado por la actriz: «el imbécil que piensa». Como en cada casa hay un pianista, en cada tertulia hay un «imbécil que piensa», es decir, que ensalza los beneficiosos efectos de la leche fermentada, sostiene gravemente que todo es relativo y que la excepción confirma la regla; y cuando alguien expresa una opinión poco original, él se ríe socarronamente, reservándose para, en la primera ocasión, explanarla por su parte con toda solemnidad.

—Me gustan los hombres sencillos—le dijo la actriz, volviéndole la espalda.—Hoy que todos se hacen los interesantes, los únicos verdaderamente interesantes son aquellos que no lo son.

El joven, resentido, apeló a su propio noble linaje, a sus magnánimos riñones que no le permitían sentir como un burgués cualquiera. Y la actriz rebatió:

—¡Vaya una aristocracia! La única aristocracia que yo reconozco es la de la inteligencia.

El joven «al día», encalabrinado entonces por la llameante fiereza de su gloriosa estirpe, se fué por toda la sala, en busca del amante de la mujer que le había ofendido.

—¡Señor!—exclamó.—Su señora me ha inferido grave ultraje. ¿Acepta usted la responsabilidad de sus palabras? Exijo una pronta reparación. ¡Tendrá usted mis noticias!

En efecto, una hora después Sketch recibía la visita de dos señores vestidos de negro, tiesos, impávidos, truculentos, irreprochablemente abotonadas sus respectivas levitas caballerescas, como dos mandolinas metidas en fundas de piano. Eran los tales dos gentileshombres: el caballero y el barón.

El caballero, de bello rostro atacado de encefalitis letárgica, era uno de esos capitanes desdeñados de todo el mundo, por imbecilidad precoz, y que todavía, como los frutos verdes puestos a madurar sin

esperanza de que puedan comerse, llegan a comandantes, tenientes coroneles, coroneles... y tienen siempre un empleo seguro como buenos escribientes, buenos ujieres, y mozos de almacén meticulosos y honrados.

El barón (el otro gentilhomme) era el marido de la baronesa Esmeralda, la famosa literata, autora, como todos saben de «El dedito en la nariz», novela para señoritas. Barón y baronesa habitaban una especie de casa colonial, suntuosamente circundada de ortigas, y compuesta de una habitación y un rinconcito, con dos o tres mirlos, un reloj de arena y una panoplia. Cada ocho días ponían bien a la vista en la terraza del «castillo» un faisán disecado, y usaban medias blancas de seda en verano y en invierno. Los viles burgueses murmuraban y decían que un mismo par, cortado a media pierna, servía para los dos: el barón, como usaba zapato muy descotado, se ponía la mitad de abajo, la del talón, y la baronesa la otra mitad, porque llevaba botinas muy altas. De esta suerte, por el módico precio de un par de medias, los cónyuges ponían en salvo el decoro de su nombre cinco veces secular.

El caballero y el barón presentaron a Sketch la tarjeta de desafío, invitándole a que nombrara por su parte dos padrinos.

—No me sería difícil—respondió él—hallar por ahí dos desocupados. Pero, o bien son dos cretinos, y entonces no los juzgo capaces de apadrinar mi honor y mi piel, o son dos inteligentes, en cuyo caso no aceptarán el encargo estúpido de ponerse a discutir con ustedes bagatelas que no les interesan.

Los dos enfundados gentileshombres se alejaron de allí, pomposamente dignos y fueron a entrevistarse con su representado.

Su representado, el joven de mundo, hizo desdeñosamente sus baúles y con su bastón Hammerless, su impermeable Biskery y sus magníficos guantes de karguro, se fué a la capital, en busca de otros

dos padrinos más resueltos y expertos en los delicados lances de caballería. Su dignidad, ultrajada por una comediante cualquiera, reclamaba una enérgica reparación. Y su honor no podía quedar insatisfecho.

Bastaba con que quedase insatisfecha... la cuenta del hotel.

2

Y así es como el público se renovaba. En el sitio de la semirrubia ramerilla, no trabajada todavía por el tiempo, y que de improviso se había marchado porque la presión atmosférica no congeniaba con «Baccarrá», su perro, sentábase ahora una solterona cincuentona, la última soñadora: una cinta azul celeste sujetando sus ricitos acampanillados, perfumados con ilhang-ilhang (1901), un portamonedas dorado al fuego, en estilo liberty (1902), una capa de encaje Richelieu (1903) sobre el seno, palpado todo él por el ya inexistente cardenal... Y andaba por la hierba con zapatos barnizados y tacones Luis XV, y se arrodillaba en las laderas de los arroyos, para coger esas flores que se llaman «no-te-separes-de-mí».

En la época del «asunto Dreyfus», cuando aparecieron los primeros ventrílocuos, había tenido una